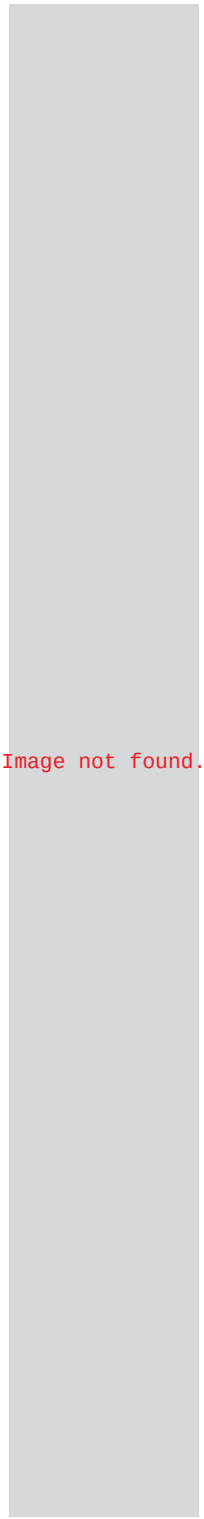
Adiós, viejo amigo

Marlowe



Capítulo 1

-¿RECUERDAS, Andrés, a Sucasaire? -me dijo Josué muy discretamente al oído y me hizo ver la pantalla de su teléfono móvil. Yo me sonrojé profundamente, aparté los ojos de la imagen y me interné en un silencio reflexivo. Al notar mi actitud retraída, Josué lanzó una risotada sorda.

-Ya sabía que te ibas a poner así. Siempre has sido igual. ¡Un reservado, que más!

Intenté dirigirle una mirada seria, pero fracasé patéticamente. Era verdad; estaba muy impresionado y algo entristecido por lo que acababa de ver. Porque, a pesar de haber pasado tan solo tres años desde que terminamos el colegio, mis compañeros habían cambiado radicalmente. Y yo… ¡yo nunca cambiaría!

Pero, a pesar de todo, logré esbozar una sonrisa fresca y convencí a mi amigo Josué de mi interés por saber más de Sucasaire.

-Es una sobrada. ¿Sabías, tú, Andrés, que yo andaba con ella?

-¿De veras?

-Así es. Pero las cosas no funcionaron. Y cuando advertí que ya no había ningún tipo de acercamiento entre los dos, ya estaba chapando con otro la muy... ¿Sabes con quién, no? Con el hijo de puta de George.

Todo esto produjo un gran suplicio a mi corazón, y mi rostro se ensombreció. Mi mano derecha empezó a temblar.

-Sabes que George es un perro-continuó Josué-. Y un afeminado de lo peor. La otra vez, cuando lo llamábamos con Paulo a la puerta de su casa para que saliera, se demoró una hora en acicalarse. Todo para hacerse su peinadito de mierda.

Yo recordaba a George: era el chico más alto del salón, el más pintón y el que más ternura inspiraba a las mujeres. Sabía cómo enternecerlas, cómo hacerles sonreír, cómo volverlas locas y arrebatadas. Pero lo recordaba, principalmente, porque era el compañero que me había hecho la vida imposible en el colegio. Él y junto a Deivid, Lezcano y no sé quién más. Ellos fueron los causantes de que mi introversión llegara a extremos insospechados. Ahora, al evocarlo en mi mente y recordar los momentos humillantes por los que me había hecho pasar, un sentimiento de aversión y profundo odio se apoderó de mí. Lo detestaba a más no poder, con cada átomo de mi ser. Y no sabía lo que haría ahora si lo tuviera en frente...

Josué se quedó mirándome pensativamente.

-¿A quién quieres matar?-me preguntó.

-¿Yo? ¡A nadie! -respondí sonrojado - Pero ¿por qué no estamos jugando? ¿Ya terminó la descarga? A ver; comprueba.

Josué movió perezosamente el ratón e hizo click en un ícono. Al momento se abrió una pestaña en la pantalla.

-Mmm… Aún falta cinco minutos. No sé por qué demora tanto. Ya debería estar listo.

-Oye, Josué…, ¿tú fumas? -pregunté sacando un paquete de cigarrillos semioculto en un cajón de ropa abierto del armario.

-Ah, sí -me dijo volviéndose a medias-. Pero no lo saques. Lo tengo ahí guardado para que nadie lo vea.

"Oh, no puede ser", me dije. Y sentí de nuevo el dolor agudo en el corazón. "Él fuma, bebe, baila con mujeres… Algo que no puedo hacer yo ni en mis más lejanas fantasías"

-¿Solo estuviste con Sucasaire?-inquirí.

-No; también estuve con Stefannie. ¿Recuerdas? La blanconcita del salón. Pero… ¡Dios mío! ¿Por qué todas las mujeres tienen que volverse sobradas?

-¿Y cómo supiste que Sucasaire andaba con George? ¿Quién te lo dijo?

Entonces Josué me dirigió una sonrisa condescendiente.

-De verdad, amigo, eres muy sano. Sano de sanos. Nadie me lo dijo; yo lo vi. Fue en la fiesta de Dulce. Ya era más de la media noche, pero igual, toda la mancha seguía perreando con quien sea. A mí me daba igual; ya me había cansado y estaba dispuesto a irme. Entonces, tirados sobre un sofá, los vi. Estaban entrelazados; el hijo de puta de George le tocaba una teta. Y ella, feliz, tenía la cabeza oculta en su cuello toda mareada. No sé si me vieron; pero parecieron dos animales cuando se besaron. Nadie dijo nada. Y yo me fui.

-Ya está -dije-. Ahora podemos jugar.

Cada quien cogió el mando a control remoto que descansaba sobre el escritorio. Mientras jugábamos a no sé qué cosa, yo estuve como en otro mundo, gravitando sin darme cuenta a dónde me dirigía. Solo cuando Josué me llamó la atención, volví al juego y entonces me di cuenta de que

quería irme muy, muy lejos de aquí, sabe Dios dónde. Pero que nadie me encontrara jamás. Cuando terminó el juego, obteniendo la victoria sin mucho esfuerzo Josué, me puse en pie de la cama y dije:

-Ya me voy. ¿Puedes dejarme en un sitio conocido?

-Claro; vamos.

Yo había ido a la casa de Josué sin proponérmelo con antelación, solo porque él me lo pidió por chat. Y fue tanta su insistencia, que, a pesar de tener un aguda gripe ese día, decidí ir. Como nunca había ido a visitarlo hice un croquis. Pero me salió tan mal, que me perdí. Luego de volver varias veces las calles me topé con él. Y fue muy agradable volver a verlo, luego de estos tres largos y duros años. Él era, sin más, un tipo genial, al que no se necesitaba mucho esfuerzo para volverse su amigo. Pero tenía un carácter frívolo que no me gustaba. Y era, en ciertas circunstancias, muy ofensivo. Conversamos amenamente en todo el trayecto hasta su casa sobre nuestras vidas. A pesar de ser una tarde de cielo nublado y triste, noté cierta claridad y alegría en nuestros pasos sobre la acera. Es por eso que, cuando salí de su casa, la noche había caído.

Mi estado de salud se había empeorado; ahora tenía los ojos llorosos y no dejaba de sonarme la nariz subrepticiamente con el dorso de la mano. Temía haberle contagiado a Josué mi enfermedad y a toda su familia, que me había acogido muy feliz en su casa. Pero no vi ningún signo de alteración en su rostro que me atormentara.

Al doblar una esquina nos encontramos con un grupo de chicas a las afueras de una tienda. Sus miradas parecieron escocerme la piel; mientras que Josué caminaba tranquilamente y sin volverse. Solo cuando ya estuvimos a una cuadra del lugar en que nos habíamos encontrado, Josué me propuso otra invitación a su casa.

-Ven cuando quieras -dijo- Pero eso sí, avísame con anticipación.

-Desde luego.

-Todo es muy aburrido, ¿sabes? Paro en mi habitación sin hacer nada más que jugar a los malditos videojuegos.

-Deberías ir al gym.

-¡Eso me dice mi mamá! Pero… tal vez lo haga.

Llegamos al lugar indicado y nos despedimos, chocando nuestros puños y mirándonos con verdadero aprecio; el aprecio que al fin habíamos conseguido de los dos luego de haber peleado tanto tiempo por nuestro orgullo. Y fue tan maravilloso el momento que hasta olvidé sus ofensas, y

él, las mías.

Adiós viejo amigo.